

# LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—TEATRO DEL BALON, por D. Francisco Flores Arenas.—CUADRO NOTABLE.—DOS DIAS EN UN CONVENTO DE MARONITAS, por D. B. del Barco.—CUENTOS FANTÁSTICOS, escrito en alemán por Erckann Chatrian.—GEROGLÍFICO.

## TEATRO DEL BALON.

LA TIERRA DE PROMISION, comedia en tres actos.

Mientras duerme el Principal tiene que velar doblemente el otro teatro, puesto que ha de hacer el trabajo de dos. Así lo verifica en efecto, y sin tregua ni descanso presenta una tras otra producciones, muchas de ellas nuevas. De una de las tales vamos á ocuparnos en la revista de hoy.

*La Tierra de Promision.* Este es su título. La tierra es Madrid. Veamos quiénes eran los israelitas que corrían á ella en busca de la abundancia y del bienestar.

Estamos en Albacete; esto es en Egipto. D. Juan es un médico holgazán y amigo de sus comodidades, que no conoce otra ambición que la de no hacer nada. No así su mujer Luisa, activa, intrigante, y que no se conforma con la prosaica vida de una provincia. Madrid es su sueño dorado: allí todo el mundo medra aunque no quiera: allí se respira el aire de la opulencia y del gran tono: en suma, una vez allí es muy natural el preguntarse á sí mismo: ¿Y hay todavía gentes que vivan en Albacete?

¿Pero cómo lograr que su indolente marido se resuelva á arrostrar el bullicio de la corte? Luisa, que era por lo visto homeopática, aunque no en las dosis, acudió á aquello de *similia similibus*, y contó con echar á su marido de su pueblo valiéndose del ingenioso arbitrio de proporcionarle en él un crédito colosal y una clientela abrumadora. Al efecto hace acudir á su casa legiones enteras de pobres en consulta de sus achaques, soborna á gentes para que se dejen curar por él, y llena los periódicos de Madrid de sueltos de gaceta en que refiriéndose á noticias fidedignas de Albacete, se encomian las prodigiosas curas del célebre doctor. A

estos reclamos acuden á bandadas los enfermos, y como en este siglo con un poco de táctica y algo de osadía solo deja de pasar por sabio el que no quiere, resulta que nuestro D. Juan, acosado por los enfermos y víctima de su celebridad se da á todos los diablos, y acoge la idea de la fuga como su única salvación. Esto es lo que esperaba Luisa, y ya cuenta con aprovechar para la realización de su proyecto la primera oportunidad, que como veremos no tarda en presentarse.

Un amigo ó pariente del D. Juan, llamado D. Enrique, acaba de casarse con una bella y opulenta joven, y ámbos se encuentran accidentalmente viviendo en compañía del citado matrimonio. Bien hubo menester Enrique de aquella circunstancia, porque las vicisitudes políticas habían alejado del favor á su protector el conde del Valle, caballero entrado en años, á pesar de los cuales se había casado no mucho antes con Elena, amada un tiempo de Enrique. Cierta circunstancia casual trae al mismo pueblo y á la propia casa á esta tercera pareja, que va de paso para Madrid, puesto que la marea ha vuelto á arrojar al conde á los escaños del senado y al gabinete de los ministros. Las instancias de este personaje y la influencia que Elena conserva sobre su antiguo amante, deciden á este á partir á la corte con su esposa, y Luisa, aprovechando esta circunstancia, arrastra á su esposo por el mismo camino. Van todos á la tierra de promision; pero como no tienen que atravesar como Moisés el desierto, pisan muy pronto el deseado suelo donde crece el árbol de la fortuna.

Han transcurrido algunos meses. Veamos cual es al cabo de ellos la situación respectiva de los individuos de aquellas tres familias.

Juan es todo un libertino: compra á peso de diamantes los onerosos favores de una bailarina, y para eso se entrapa y se empeña. Su esposa lo ignora; pero lo que no puede ignorar es que la abandona, que no la acompaña á los paseos, á los teatros, y que por tanto se ve obligada frecuentísimamente á renunciar á ellos. En su soledad nacen las sospechas, y tras las sospechas los celos. La tierra de promision no le ha dado mas que desagüños, y ellos le hacen volver los ojos hácia aquel Albacete del que con tanto empeño había procurado huir. Clara, la esposa de Enrique, que antes



de pisar la corte se espantaba de sus seducciones, las arrostra con una especie de furor. Han desaparecido sus hábitos domésticos y su timidez de la provincia. Rica y bella, se ha dejado arrebatar de muy buena gana por el torbellino social que la envuelve, y los banquetes, las tertulias, los bailes y los teatros gracias si le dejan libres algunos cortos minutos para consagrarlos á su casa y á su esposo. Además, el joven Carlos, pariente del conde, enamorado de ella, le rinde obsequios, que Clara no parece desdenar, porque no parece comprender. Su esposo se amostaza á ratos; pero no puede amostazarse mucho, puesto que él á su vez está ligado á una cadena. La condesa, sin saberse por qué, ejerce sobre él una especie de autoridad bastante incomprendible, pero no por eso menos absoluta. Que ella le ama es cosa que está fuera de duda, puesto que lo dice muy claro. Si él no la corresponde, ¿por qué se somete tan ciegamente á su voluntad, á sus caprichos? ¿En qué quedamos? ¿Puede dar esos derechos una cesantía, y menos una cesantía de amor, cuando se sabe que en estas relaciones se va lo comido por lo servido?

Pero Carlos concluye por declararse á Clara, y ella entonces comprende todas las imprudencias á que puede dar lugar aquella vida disipada. Enrique, al descubrirlo, comprende tambien lo embarazoso de su posicion anómala, y al cabo se resuelve á romper por todo, y obtiene una mision para el extranjero. Luisa al cabo logra arrancar de Madrid á su extraviado consorte, y vuelve á sus ollas de Egipto, abandonando la tierra de promision que soñaron.

¿Y el conde? El conde es un excelente señor que no se apercibe de nada. Es todo un Juan Lanas que ni siquiera sospecha los celosos arrebatos de su volcánica esposa, y que semejante al astrónomo de la fábula, de puro querer observar las elevadas peripecias de la política, no ve el pozo que hay abierto ante sus piés, y en el cual supónese allí que no ha caído: mera suposicion del autor, quien por salvar el decoro público nos da en cambio lo improbable.

En efecto, nosotros admitimos la posibilidad de una pasion en una mujer casada, por mas que la rechacemos de la escena; pero al admitirla, deducimos por consecuencia lógica el que esta mujer ó venza en la lucha ó sucumba. Lo que no concebimos ni pudiéramos concebir es que el juego se haga tablas. Elena fuerza á Enrique á que la siga á Madrid. ¿Para qué? Para tenerlo á su lado, para hablarle de su pasion, para entibiar su cariño á la esposa que ha elegido, para ejercer sobre él esa caprichosa y omnimoda autoridad que un hombre no reconoce en la esposa de otro cuando no media por parte de esta el sacrificio de su honor. Por eso la esposa del almirante en *La Cadena* de Scribe es un personaje, que si bien inmoral, es perfectamente lógico. Aquello lo comprendemos, esto nó, porque el autor hace decir á Elena que no ha faltado á sus deberes. Verdad es que semejante aseveracion halla muchos incrédulos.

¿Pero qué se entiende por faltar á sus deberes? ¿Dónde está en una mujer casada la línea que se-

para lo lícito de lo ilícito? ¿La esposa que ama á otro hombre comete una accion lícita, indiferente siquiera? ¿El sacerdote, al invocar las bendiciones de Dios sobre los esposos, no le pide que una sus corazones y sus almas? Pues el que falta á este amor ya delinque. La demás música del honor que se guarda ileso, y de la interesante lucha que el deber sostiene contra la pasion, son cosas que la moral reprueba y que la religion anatematiza: son cosas á que solo las malas tendencias sociales de hoy, reflejadas en el teatro y en la novela, han pretendido prestar el colorido de la virtud, y hasta enaltecerlas con el nombre de heroicidades, cuando en realidad no pasan de vicios.

Pero ahora literariamente hablando, ¿á qué conduce en la accion el extravagante é incomprendible amor de Elena? ¿Sirve acaso para probar que en Madrid, como en todas partes, se pierden muchas ilusiones, y que aquella no es, segun por muchos se cree, la tierra de promision? De ninguna manera. Comprendemos que la corte defraude muchas esperanzas; comprendemos que las miserias de la humanidad y las miserias sociales, que con harta mayor facilidad fermentan en una gran capital, contaminen á algunos corazones inexpertos, á algunas almas dóciles al mal como al bien; pero caracteres como el de Elena no son exclusivo patrimonio de la corte ni de ninguna otra parte, y así no pueden servir de argumento contra los vicios de esta ó de aquella localidad determinada.

El teatro tiene tambien sus figurines y sus modas de París. Esta comedia se creia por lo visto desautorizada si no vestia segun la moda literaria, y fuéle preciso colocar entre sus personajes á una esposa frágil y á un marido aviolonado. Son figurines de fórmula.

Ya se ha visto en esta reseña que Luisa era la única persona de la comedia que creia hallar en Madrid la tierra de promision. Los demás fueron arrastrados allí contra su voluntad, por la fuerza de las circunstancias, y hasta á pesar de sus presentimientos. Ningun chasco se llevan por tanto. De aquí resulta que el pensamiento y el título no se justifican sino en una levisima parte; y como además no hay allí para compensar estos defectos de la esencia sino tal ó cual situacion cómica, y como falta al diálogo lo sazonado de los chistes que salvan á las producciones de Serra y otros, resulta que la comedia no hizo mas que pasar como pudo, y en verdad no creimos que hubo méritos para otra cosa.

Este teatro continúa muy favorecido del público. La Sra. Silveria, la Srta. Castro y los Sres. Sanchez Albarrán y Mendoza, agradan siempre con razon: otros no siempre, algunos menos que eso.

La Luisa Medina, Ambrosio y resto de la seccion coreográfica, están en gran alza en el favor del público. Hay sin duda motivos para ello.

FRANCISCO FLORES ARENAS.



## CUADRO NOTABLE.

Reproducimos á continuacion un párrafo que hemos leído en la *Correspondencia de España* del día 30 de Agosto último, y que por recaer en un hijo de nuestra poblacion justamente elogiado por sus obras, creemos será leído con agrado por nuestros suscritores.

"Está concluyendo un cuadro original muy notable para la exposicion, el Sr. D. Ramon Rodríguez, profesor de la Academia de Bellas Artes de Cádiz. La habilidad y maestría con que dicho artista ha realizado uno de los episodios mas interesantes de nuestra campaña en Marruecos, hace á su cuadro digno de mencion por todos estilos. Representa una barca de heridos, y la expresion que ha sabido darles á sus figuras el Sr. Rodríguez, que bien pudiera decirse sacadas *d'après nature*, es de una verdad innegable: en el semblante de los heridos se ve el sufrimiento del soldado, la resignacion del cristiano, y el valor no desmentido del español."

### DOS DIAS

#### EN UN CONVENTO DE MARONITAS (1).

El toque de la oracion acababa de avisar á los monges que era ya hora de recojerse.

En vano pretendia hacerse oír un viajero! Las puertas del monasterio de San Hilarion, situado en las gargantas del Líbano, estaban cerradas: ni habia campana, ni se veia llamador por donde anunciarse.

Dos ó tres culatazos vigorosamente aplicados contra una maciza puerta de olivo, no obtuvieron otra respuesta que el eco de los bosques prolongado por los corredores y los ladridos de cinco ó seis alanos que saltaban dentro de las tapias del convento.

Impacientado el viajero y renegando de tener que acostarse sin cenar, expuesto al rocío de una fria noche de Setiembre, ató su caballo al tronco de un algarrobo que brotaba entre dos rocas, cuando de pronto apareció una cabeza medio oculta por los pliegues de su capucha en la ventanilla practicada en el espesor de la pared. Despues de una ligera inspeccion, no distinguiendo mas que dos hombres, la cabeza se descubrió por completo.

—Quiénes sois? dijo en árabe la voz del capuchon.

—Un peregrino que desea dormir en el convento, contestó el guia griego que desde Damasco acompañaba al expedicionario en calidad de intérprete, espologista y ayuda de cámara.

—Es demasiado tarde, respondió el monge, separándose de la lucera.

—Nunca es tarde para acostarse, repuso el viajero, interviniendo en el coloquio.

—Ni para cenar, cuando no es día de ayuno, añadió el griego con una voz insinuante. Además, este señor viene de Jerusalem y trae cartas del Patriarca.

—Acabáras! replicó el monge volviendo á su puesto de observacion del que apenas se habia separado.

Se oyó el ruido de una cadena deslizándose por una polea que despues de haber rebotado tres ó cuatro veces contra el muro, dejó caer al suelo una cestita de mimbrés.

Jenófanes (este era el nombre del guia) abrió la maleta y sacó un gran pliego sellado con cinco cruces del Santo Sepulcro, depositándole en el cesto-balija que emprendió su camino aéreo y desapareció. El monge cerró cautelosamente la ventanilla.

—¿Estamos delante de alguna plaza fuerte? preguntaba á su guia el viajero.

—Poco menos: puesto el sol, toda persona que aquí se acerca es un enemigo, y se tiene gran cuidado de darle con la puerta en el rostro. Pero no dudo que vuestras cartas lograrán abrirla. Estamos por lo tanto en el caso de ahorrarnos nuestro pan: el del convento es un poco mas negro; pero cuando se come lo ageno, se economiza lo propio.

Diciendo este aforismo de incontestable verdad, Jenófanes se envolvió en su gran capa de pelo de camello con rayas pardas y blancas, dirigió algunas cariñosas palabras á los caballos que escaraban la tierra con sus cascos, y se tendió á lo largo sobre un banco de madera que habia en el pórtico.

—Creo, continuó acomodándose en tan duro lecho, que tendré tiempo de echar un sueño. Los monges nunca están de prisa.

No habia Jenófanes cerrado los ojos, cuando se oyó confuso rumor de pasos y de voces, seguido del rechinar de llaves y de cerrojos. A treinta piés del suelo se abrió una ventana, de donde descendió muy lentamente un cuévano parecido á los que se usan en los pozos de las minas.

Apenas hubo llegado á tierra, entró en él nuestro viajero, quien en un abrir y cerrar de ojos se elevó hasta el pretil de aquella singular puerta.

—Y yo? exclamó Jenófanes levantando los brazos al cielo, como para seguir la ascension de su amo.

—Tú, replicó un monge, guardarás los caballos que no pueden entrar en el convento durante la noche.

—Y cenar? *padre mio!*

—Dios proveerá, dijo aquel, arrojándole un saco lleno de pan, de higos secos y de dátiles frescos.

—Y beber?

—El agua del Líbano es deliciosa. Desde aquí se oye el murmullo de un arroyo.

El cenobita ofreció una mano al viajero que acababa de poner el pié sobre la trampa, sostenida en el aire por dos enormes cadenas, como el puente levadizo de un castillo feudal, desde el que una

(1) Traducción libre del francés.



sólida escala permitía bajar al interior del convento.

Ni una sola palabra dijeron al recién llegado los hermanos que marchaban delante de él, á modo de introductores, alumbrando con teas de cedro, cuya odorífera llama ondulaba sobre sus cabezas.

A través de largas salas y prolongados corredores, fué conducido hasta el refectorio donde se hallaba reunida para la cena toda la comunidad.

Era aquel una espaciosa sala alta y embovedada: por todo adorno se destacaba sobre el fondo blanco de las paredes el vermellon de algunas letras árabes, sombreadas de azul, con que estaban escritas de arriba abajo, con todo el esmero y delicadeza de la caligrafía oriental, varias sentencias de los libros santos. Una lámpara de hierro de siete brazos, símbolo de los siete dones del Espíritu Santo, colgaba del techo, proyectando una luz desigual, cuyos rayos iluminaban con suma claridad una parte de la escena, á la par que dejaban otra medio á oscuras. Junto á las estrechas mesas que recorrian las paredes de la sala, y hacía un mismo lado, se hallaban sentados treinta religiosos. Un gran cuadro situado frente á las ventanas, representaba la *Cena*.

En oriente nada cambia: el mismo pan que el artista habia pintado en su cuadro delante de Cristo y de los Apóstoles, se hallaba aun sobre las mesas del convento, y la forma de los vasos y platos de que hoy se sirven, en nada se distinguen de los que se usaban hace veinte siglos.

Los monges no parecieron apercibirse de la entrada del huésped. A una señal del presidente, cerró el libro uno de los hermanos que leía los Evangelios en lengua siríaca y ocupó su puesto. El forastero llegó ante el superior que estaba sentado al fin del refectorio, bajo un Cristo de yeso fijo á una cruz de madera negra.

El abad, hombre de estatura alta y de rostro enérgicamente pronunciado, se levantó, alargó su mano al viajero y le saludó dándole la bienvenida en el idioma cosmopolita, mezcla de italiano, griego, latin y árabe, que comunmente se habla en los conventos de oriente.

Como el buen padre encontrase cierto embarazo en proseguir su discurso, se dirigió á un religioso que estaba en la primera mesa de su derecha y le hizo señas para que hablase por él. Este levantó la capucha, dejando ver su frente noble y despejada, sus ojos grandes y azules, que á la vez expresaban envidiable calma y profunda melancolía.

—Caballero, dijo; nuestro superior el reverendo padre Esahias-ben-Tobiahs, se alegra en extremo de vuestra llegada; para él es un placer recibir á un europeo en San Hilarion. Esperamos que permaneceréis aquí como en vuestra casa mientras os sea agradable el hospedaje.

El monge no añadió una palabra mas y volvió á sentarse, calándose la capucha hasta las cejas.

Dos legos guiaron al extranjero al otro extremo del refectorio, colocándole en una mesa de honor frente á la presidencia.

Casi todos los frailes del convento eran jóvenes

sirios, armenios, árabes y maronitas, que pertenecían al gran tipo de la belleza oriental. No se les conocían las señales de la maceración, ni se hallaba en su rostro la amarilla palidez de los ascetas: todo entre ellos era salud. Sus ojos negros y vivos destellaban fuego, bajo las frentes tostadas por el sol y azotadas por el huracán. Casi todos llevaban caída sobre el hábito de lana parda la capucha azul.

Un golpe seco dado por el superior en la mesa con la cuchara de madera, advirtió á los religiosos que habia terminado la cena.

Se levantaron y despues de dar gracias á Dios, fueron desfilando por pequeños grupos, para hacer segun la costumbre oriental la ablucion de cara y manos en una pila de granito alimentado por un chorro continuo que caía de la bóveda del mismo refectorio, tallada en roca viva.

Poco á poco fueron retirándose, unos á la capilla para terminar sus oraciones, otros á pasearse hablando en los jardines y otros, para gozar mejor de la calma y frescura de la noche, se sentaban en las azoteas, el codo sobre la rodilla, la barba apoyada en la mano y la vista perdiéndose en los azulados espacios guarneidos de estrellas. La contemplación es uno de los primeros elementos de la vida monástica oriental.

El viajero pasaba entre ellos de un lado á otro, buscando por todas partes al religioso que habia llamado su atención sin encontrarle en ninguna.

Creyendo los monjes que estaria fatigado á causa de la larga jornada, con suma discreción mostráronle la celda de los huéspedes; espaciosa cámara que recibía la luz por una ventana cuya gigantesca ojiva se entreabria en los valles del Líbano. El mueblaje era sencillo y poético. Nada recordaba allí las vulgaridades de la vida ordinaria. Los objetos destinados á los usos mas comunes, tenia su carácter y su estilo. El lecho colocado sobre una plataforma, parecia mas bien destinado á meditar que á dormir. El hermoso jarron lleno de agua fresca, tenia grande analogía con los vasos fúnebres de la antigüedad. Cerca de la cabecera lucía una lámpara como las que antiguamente ardian en el templo de Salomon.

El extranjero, poeta á sus horas, se encontraba al presente tan fatigado, que despues de echar una ojeada de satisfacción á su alrededor se acostó, quedándose profundamente dormido.

A la mañana siguiente, el sol se levantó mucho antes que el huésped. La benéfica noche habia derramado el sueño en sus venas, como refrigerante bálsamo. Colocóse de codos en la ventana y respiró libremente las brisas cargadas con los aromas de los valles del Líbano. Una encantadora campiña desplegaba ante su vista alfombras de verde follaje, convidándole á meditar, y meditó por largo rato.

El sonido de las campanas interrumpió pronto su matutina contemplación.

El convento parecia hallarse completamente abandonado: los corredores solitarios, el claustro desierto, el locutorio silencioso; pero los ecos lejanos del rezo le condujeron á la capilla, donde entró



un instante para oír los salmos traducidos al árabe, con arreglo á una melodía pausada, y cadenciosa, aunque monótona.

Una mirada escudriñadora dirigida á la fila de los monjes, no le descubrió al que buscaba, y hubo de retirarse de puntillas, distrayéndose en vagar por el convento ínterin terminaba los maitines.

El monasterio ocupa una posición grandiosa y salvaje entre los anillos de la quebrada cadena del Líbano hacia la falda que mira á Levante. El nido del buitre y del águila no son mas inaccesibles, que este edificio horadado en roca viva. Por entre las grietas de las peñas, brotan aquí y allá nogales, olivos y gigantescas higueras de las Indias. Un torrente producido por los hielos que se precipitaba desde la cúspide de la sierra hasta el pie del monasterio, filtrándose por entre las rocas, estendia en todas sus dependencias el dulce murmullo de las aguas y la frescura de la nieve que le servian de madre.

—Ah! señor, si supiérais que bello es el jardín de donde vengo, dijo Jenófanes, enseñando á su amo los bolsillos repletos de brevas, y marchando delante de él para mostrarle el camino, le condujo hasta una verja de hierro, oculta por un bosque de algarrobos.

Este jardín monacal era un dilatado vergel y al mismo tiempo el soto que los buenos monjes cuidaban con el mayor esmero. Sus cultivos variados, así como sus abundantes frutos, revelaban á primera vista la inagotable fecundidad del terreno. Corpulentos árboles, cuyas ramas nunca habian sido podadas, proyectaban sobre el césped una sombra llena de perfumes, mientras cantaban los pájaros saltando en sus frondosas copas. Enjambres de abejas zumbaban al rededor de las flores en los semilleros, y una ligera brisa movia suavemente su embalsamado cáliz. Era una hermosa mañana de otoño.

—Déjame, advirtió el viajero al joven griego que triscaba á su alrededor como un cervatillo sobre la escarchada yerba.

—Como guste su Excelencia, contestó volviendo las espaldas y engulléndose los higos á puñados.

El extranjero, guiado por las vueltas y revueltas de un arroyo que corria sobre un lecho pardusco cubierto de matorrales, entre salvia mezclada de musgo, vellosilla y berros floridos, llegó á la linde de un bosquecillo en los confines de la clausura, donde como centinelas avanzados se destacaban dos cedros. Un poco mas allá el pino silvestre entrelazaba sus ramos con el terebinto de anchas hojas y las del ciprés.

No sin grande trabajo, consiguió abrirse paso por una valla de higueras que formaban empalizada con sus punzantes espinas, y el explorador se internó en la espesura del bosque.

A los doscientos pasos divisó una superficie bordeada de rosas y tapizada con musgo y rosales campestres. Reinaba en aquel lugar, al que no llegaban los vanos ruidos de la vida, la calma del mas profundo retiro. En medio de la esplanada, un gigantesto quitasol de pino, cubria con sus ramas cier-

ta meseta de mármol blanco, sostenida por cuatro pedestales de basalto: era una tumba. Sobre la losa fúnebre se leian grabadas con letras de oro este nombre y esta fecha:

MARÍA

184....

El sepulcro no tenia otro adorno que cuatro copas abiertas, colocadas en los ángulos donde las aves bebían la lluvia y el rocío del cielo, regocijando á los muertos con sus dulces cánticos.

Esta tumba es en compendio la historia de los conventos maronitas del Líbano.

"Los sarcófagos diseminados por los huertos claustrales guardan y velan misteriosas leyendas de verdad y arrepentimiento que al profano no le es permitido saber."

Así se lo dijo al curioso viajero un meditabundo monje que rezaba arrodillado junto al fúnebre monumento.

B. DEL BARCO.

## CUENTOS FANTASTICOS

ESCRITO EN ALEMAN

POR ERCKANN CHATRIAN.

LOS DESPOSADOS DE GRINDERWALD.

Cuando todas las pasiones del hombre se han acabado; cuando se han concluido las ilusiones de la gloria y de la fortuna, entonces se declara en el corazón una pasión extraña, misteriosa, de goces infinitos: la afición á la pesca con caña.

Ay, queridos amigos! No conocéis la felicidad de seguir el movimiento del corcho sobre el agua, de dirigirle con destreza á la orilla de la espuma en remolino, ó por debajo de los frondosos sauces, entre las rocas cubiertas de musgo donde se emboscan la trucha y el salmón. No podeis imaginaros la emoción del pescador cuando vé que el corcho se desliza bajo la onda azulada, cuando siente al pez clavado en el anzuelo, y vigorosamente le lanza por los aires sobre la arena saltando y reluciendo al sol.... No; no podeis figuraros un placer semejante.

El mejor pescador de este género que he conocido yo es Zacarías Sciler, ex-juez del tribunal de Stautz en Suiza, y miembro varias veces del gran consejo reunido en Lucerna.

Después de haber dormitado durante veinte y cinco ó treinta años á los clamores de los juriscónsultos del pueblo, el buen Zacarías habia pedido gracia y disfrutaba de su retiro en la calle de Kusnacht, cerca de la puerta de Alemania, bajo la dirección de Teresa, su ama de llaves, solterona, vieja y devota, con la nariz en forma de pico de loro y un ligero bigote ya cano.



Estos dos seres pacíficos, llenos de indulgencia el uno para el otro, respetaban sus manías recíprocas: Teresa cuidaba mucho á su amo; planchaba sus camisas, renovaba su provision de tabaco encerrado en un pote que humedecía de tiempo en tiempo; y luego quedaba en libertad de pensar en sus pájaros y de cumplir con sus deberes religiosos.

Zacarías llegaba á los sesenta; gastaba peluca y no tenia mas distraccion que la de cuidar algunas flores.

La primera vez que tuvo la idea de ir á pescar y se surtió de todos los enseres necesarios para la pesca, con mas un sombrero de paja de alas anchas, fué aquello un asunto de estado. Durante quince dias Teresa no supo donde colocar estos nuevos objetos; murmuró, y hubo de confesarse aquel mes un par de veces mas que de costumbre... luego, todo volvió á la rutina.

Únicamente cuando Zacarías queria pescar, el buen hombre que deploraba el primero su flaqueza, contemplaba el cielo con ojos melancólicos y decia:

—¡Qué hermosa mañana, Téresa!... ¡No lloverá de aquí á mucho tiempo!

Teresa le dejaba esperar un instante, y luego poniendo á un lado su devocionario ó su calceta, iba á buscar la bolsa de pescar y el sombrero de Zacarías, cuyo rostro se animaba entonces.

—Buena idea! Teresa, voy á pescar; exclamaba el anciano rebotando de gozo.

—Sí; pero volveréis antes de las siete, porque las noches están frescas.

—¿Qué importa? Hace dos meses que ya no toso.... ¡Habéis puesto un mendrugo de pan y mi botellita en la bolsa?

—No tengais cuidado; ¿caso olvido yo jamás alguna cosa?

Y un instante despues Zacarías con la caña al hombro bajaba la escalera.

Teresa desde la ventana le miraba alejarse hasta que habia pasado la puerta de Alemania; y entonces se volvia á sentar con mucha gravedad, y proseguia su interrumpida tarea.

Zacarías iba pensando por el camino:  
—Teresa preferiria verme en casa.... pero hace un tiempo tan bueno.... ¡Qué placer respirar el aire libre!... Zacarías, no sientes el peso de tus piernas.

Y alargaba el paso en el senderillo que atraviesa las altas yerbas de los glaciares. Parecíale ya ver el río.... los árboles le daban sombra.... respiraba el penetrante olor del musgo, la yedra y la resina de los abetos.... oía el murmullo lejano de las aguas, y el ruido de los manantiales saltando entre las peñas.

Una hora despues su sueño era una realidad... y ¡cosa rara! una realidad mas completa que el mismo sueño!

Y esto consiste en que la naturaleza de los grandes bosques, con sus espesuras, sus puntos luminosos, sus torrentes encajonados en las gargantas, y sus inmensas perspectivas en los desiertos valles.... con sus mujidos sonoros, los cantos de sus pájaros diferentes á cada hora del dia.... todo es superior á cuanto puede imaginar el hombre: siempre es

nuevo.... hoy y ayer no se parecen.... el sublime Artista no descansa nunca.

Un dia del mes de Julio de 1845, la bolsa de pescar de Zacarías se encontró tan llena de truchas á las tres de la tarde, que el buen hombre no quiso pescar mas. Despues de haberlas lavado en la fuente próxima, y de haberlas envuelto cuidadosamente en hojas de acederas de los prados y de ortigas para conservarlas su frescura; despues de haber recogido sus utensilios y de haberse lavado las manos, sintió el deseo de dormir un rato á la sombra. El calor era excesivo, y queria esperar algun tiempo para subir la cuesta de Bigelberg.

Habiendo pues despachado su mendrugo y bebido un trago de Rikevir, se extendió á la sombra de los abetos sobre la yerba, con los ojos cargados de sueño.

Nunca el anciano juez habia tenido tales ganas de dormir; el ardor del sol, que enviaba sus largas flechas de oro por entre el ramaje de la selva y el inmenso murmullo de los insectos sobre la cuesta, en los prados y en las aguas, formaban una armonía tan completa, que el alma de Zacarías parecia introducirse en ese concierto universal. Bostezó.... entreabrió los ojos.... vió una bandada de grajos atravesar la enramada.... y luego dando media vuelta, exhaló un suspiro y creyó ver el corcho de su caña sumergirse en el río.... un salmon estaba en el anzuelo.... él tiraba.... la caña formaba un semicírculo.... El buen hombre dormia profundamente.... soñaba.... y la inmensa orquesta proseguia en su derredor su eterna música.... ¡y pasaba el tiempo!

Millones de seres animados habian vivido su larga vida de una hora, cuando el juez se despertó al silbido de un pájaro que no conocia.

Se sentó para ver, y ¡oh sorpresa! el susodicho pájaro era una jóven de diez y siete años, fresca, con las megillas sonrosadas, los labios como cerezas, el cabello castaño trenzado y caido, una basquiña corta de color de amapola, y un corpiño muy justo.... Era una jóven aldeana que bajaba á paso largo el arenoso sendero del Bigelberg con un cesto en equilibrio sobre la cabeza y el brazo redondo y torneado, aunque un poco curtido, graciosamente encorvado sobre la cadera.

Qué bonito pájaro!.... qué bien silbaba!.... ¡Y qué gusto daba ver su linda barba redonda como un melocoton!....

Zacarías se sintió conmovido.... una oleada de esa sangre ardorosa que hace latir el corazon á veinte años corrió por sus venas.... se sonrojó, y levantándose dijo:

—Buenos dias, hermosa niña!

La jóven se detuvo, abrió sus grandes ojos; le reconoció.... ¿quién no conocia en la comarca al buen juez Zacarías? y prorumpió diciendo:

—Cómo! el señor Zacarías Sciler?

El anciano bajó el sendero... quiso hablar... pero no hizo mas que balbucear algunas palabras ininteligibles, como un mozalvete.... tanto que la jóven se cortó un poco.

Por fin la dijo:



—¿Y adónde vais por los bosques á estas horas, mi querida niña?

La jóven extendió el brazo á lo lejos hácia el fondo del valle, señalando una casita vecina.

—Vuelvo á casa de mi padre, respondió; el guarda Yeri Foerster, á quien sin duda conocéis.

—¿Sois la hija del buen Yeri?... Vaya si le conozco! un hombre excelente.... Entonces estoy hablando con aquella Carlota de quien siempre me decia alguna cosa cuando me traía sus partes.

—Sí, señor juez.... vengo del pueblo y voy á casa.

—Llevais un hermoso ramillete de fresas, dijo el anciano.

La jóven se quitó el ramillete del cinturón y se lo presentó diciéndole:

—Tomadle si os gusta.

Zacarías se estremeció.

—Pues sí, acepto.... y os acompaño.... quiero ver á vuestro padre.... Ya debe hacerse un poco viejo.

—Poco mas ó menos tendrá vuestra edad, señor juez; dijo Carlota muy sencillamente: de cincuenta á sesenta años.

Esta respuesta tan natural entristeció al anciano, que echó á andar muy pensativo.

Qué pensaba? Nadie lo sabe.... Pero ¡cuántas.... cuántas veces ha sucedido que un hombre de bien que se imaginaba haber llenado siempre todos sus deberes, ha concluido por descubrir que habia descuidado el mas grande, el mas santo, el mas bello de todos, el de amar!.... ¡Y cuán penoso es pensar en esto demasiado tarde!

En breve Zacarías y Carlota llegaron al recodo del valle donde el sendero tiene un puente de madera que conduce á la casa rústica. De lejos distinguieron á Yeri Foerster con su ancho fieltro adornado con una ramita de retama, la mirada serena, las megillas tostadas y el pelo cano, sentado en el banco de piedra cerca de la puerta; dos hermosos perros de caza estaban tendidos á sus piés, y el empujado subia á su espalda hasta lo alto de su vivienda.

La sombra bajaba entonces del Romelstein por enfrente, y el sol en el ocaso extendia su franja de púrpura entre los altos abetos del Alpnach.

El viejo guarda, con sus ojos penetrantes como los del águila, habia reconocido de lejos á Zacarías y á su hija, y saliendo á su encuentro, se descubrió y dijo con el aire franco y cordial del montañés:

—Buenos dias, señor juez, ¿qué feliz circunstancia me vale el honor de vuestra visita?

—Señor Yeri, respondió Zacarías; se me ha pasado el tiempo en la montaña; ¿no tendriais un rincón desocupado en vuestra mesa y una cama á la disposición de vuestros amigos?

—Cómo! exclamó el guarda; aun cuando no hubiera mas que un lecho en la casa ¿no seria para el mejor y el mas honrado de nuestros antiguos magistrados de Stautz? Ah! señor Sciler, ¡qué honor haceis á la humilde morada de Yeri Foerster!

Y subiendo las seis gradas de la escalera, añadió gritando:

—Cristina!... Cristina!... baja á la bodega.... el

señor juez Zacarías Sciler nos hace el favor de descansar en casa.

Entonces una buena anciana pequeñita, con el rostro arrugado como una hoja de viña, pero risueña y fresca aún, apareció en el umbral, y repuso al punto:

—Dios mío!.... es posible? El señor juez?....

Y al instante bajó á la bodega.

—Oh! es demasiado, decia el juez: no quiero que os incomodeis así.... no esperaba....

—Señor juez, si olvidais el bien que habeis hecho, los demás se acuerdan....

Entonces Carlota dejando el cesto sobre la mesa, se mostró orgullosa por haber traído á la casa semejante huésped. Sacó el azúcar, el café, todas las provisiones que habia comprado en el pueblo. Y el juez mirando siempre su lindo perfil, se sintió conmovido nuevamente; su pobre corazón latia en su pecho y parecia decirle: "¡Es preciso amar, Zacarías.... es preciso.... es preciso!..."

¿Qué os diré, queridos amigos míos? Sciler pasó la noche en casa del guarda Yeri Foerster, olvidando las inquietudes de Teresa, su promesa de volver antes de las siete, sus antiguos hábitos de orden y sumisión.

Figúrese el lector una pieza grande, con el techo rayado por vigas negras, y las ventanas abiertas sobre el valle silencioso; una mesa redonda en medio, cubierta con un hermoso mantel blanco de cenefa encarnada; la estrella de la lámpara iluminando los severos rostros de Zacarías y de Yeri Foerster; la suave fisonomía de Carlota, sonrosada y risueña, y la papalina de Cristina con sus largas aletas flotantes. Figúrese además la sopera de ancho vientre pintada de flores, de la que sale un vapor apetitoso; la fuente de truchas guarnecida de perejil, los platos cubiertos de frutas y de panales de miel amarillos como el oro.... y luego el digno Zacarías presentando alternativamente esas frutas y esos panales de miel á la niña que bajaba los ojos, sorprendida con las lisonjas y las afectuosas palabras del anciano.

Yeri se envanecía con esos elogios, y Cristina exclamaba:

—¡Oh! señor juez, eso es mucha bondad.... no sabeis cuántas penas nos da esta pícara.... es tan viva y tan obstinada cuando se empeña en una cosa.... la echareis á perder con vuestras palabras.

A lo cual el juez respondió:

—Poseeis un tesoro.... Carlota merece todo lo bueno que se diga de ella.

Entonces Yeri alzando su vaso brindaba á la salud de Zacarías, y todos repetían el brindis.

Figuraos también el reloj cantando las horas con ronca voz; los perros de caza paseándose por debajo de la mesa, cogiendo los huesos y proyectando en el techo sus sombras extrañas.... Y por fuera, el silencio de los bosques, el último canto de la cigarra, el vago murmullo del río.

—¡Qué felicidad vivir aquí, con una jóven y bonita compañera, teniendo el pan seguro, en paz y en sosiego, obedeciendo á una niña idolatrada, un poco loca y caprichosa, pero risueña.... á cuatro



pasos del río adonde se iría á pescar con frecuencia... á la sombra de los frondosos bosques que guarda el suegro Yeri Foerster!... ¡qué felicidad!... ¡qué existencia!...

De este modo soñaba Zacarías.

Por fin dieron las once, y como ya hacia fresco se levantó. ¡Qué jóven y ligero se sentía! ¡Con cuánto ardor habria besado la manita de Carlota!... ¡Oh! ¡no se puede pensar en esto todavía!...

—Yeri, es hora de dormir.... Buenas noches y gracias, muchas gracias por vuestra hospitalidad.

—¿A qué hora se quiere levantar el señor juez? preguntó Cristina.

—Somos madrugadores, respondió mirando á Carlota. Aquí donde me véis, no siento los años; me levanto á las cinco.

—Como yo, señor Sciler, repuso el guarda; yo me levanto antes de amanecer; pero al cabo y al fin es muy cansado... uno ya no es jóven.

—Pues por mi parte me encuentro mas vigoroso y despierto que nunca.

Y hé aquí que se pone á subir con paso ligero los altos escalones de la escalera. A decir verdad, Zacarías no tenia entonces mas de veinte años; pero estos veinte años solo duraron un cuarto de hora; y una vez tendido en el vasto lecho de plumas, con la manta hasta los ojos y la cabeza cubierta con un pañuelo, se dijo para sí:

—Duerme, Zacarías, duerme; estás cansado y necesitas reposo.

Y ya estaba á punto de dormirse cuando abriendo de nuevo los ojos y pensando en Carlota, añadió:

No, no, yo no estoy cansado. Tengo veinte años; sí, mi corazón tiene veinte años.... ¡Oh! no cometeré la locura de encerrarme en las bibliotecas, de pasar mi juventud sobre las *Pandectas* y los *Comentarios* de Alfia.... quiero amar, quiero ser dichoso.

Y el buen hombre se durmió profundamente.

Hasta las nueve no se despertó, y para esto fué preciso que el guarda despues de haber hecho su inspeccion matutina, alarmado al no verle bajar, entrase en su cuarto dándole los buenos días.

Entonces viendo el sol y oyendo el canto de los pájaros el juez un poco avergonzado de sus fanfarronadas de la víspera, se levantó alegando el cansancio de la pesca y lo que habia tardado en acostarse.

—Es bien natural, repuso el guarda; á mí tambien me gustaria dormir por la mañana, pero es necesario correr, correr siempre. Lo que yo necesitaria, señor Sciler, seria un yerno jóven, un moceton robusto que me reemplazase.... De buena gana le cederia mi escopeta.

Zacarías no pudo menos de turbarse al oír esto. Habiéndose vestido, bajó sin decir una palabra.

Cristina le estaba esperando; Carlota se habia marchado á sus faenas campestres.

El almuerzo fué corto, y el juez, mas grave, despues de haber dado las gracias á aquellas buenas gentes, tomó el camino de Stautz, muy cabizbajo, pensando en las inquietudes que habia debido pasar Teresa, pero sin poder abandonar sus

esperanzas y las mil ilusiones encantadoras que acababan de nacer en su alma.

Inútil es pintar la recepcion que le hizo Teresa, sus reconvenciones y su ira; no habia pegado los ojos en toda la noche; habia creído que Zacarías se habia ahogado en la pesca; habia enviado diez personas á buscarle, etc., etc.

Sciler escuchó estas quejas con calma, como en otro tiempo oía las metáforas de un abogado defendiendo una causa que estaba perdida.... En suma, á pesar de Teresa, perseveró en sus ilusiones.

A principios del otoño, habia tomado tal costumbre de ir á casa del guarda, que mas estaba en ella que en la suya; y el viejo Yeri, sin saber á qué fervor de pesca podia atribuir aquellas visitas, se encontraba apurado para rehusar los presentes que el rico magistrado le suplicaba aceptase en compensacion de su hospitalidad diaria.

Mas aun: Sciler queria tomar parte en sus ocupaciones, queria ayudarle á cortar leña, queria acompañarle en todas sus excursiones por el Grinwald y el Entlibach.

Yeri Foerster meneando la cabeza decia:

(Se continuará.)

#### SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

*Los acontecimientos de Siria llaman la atencion de Europa.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

